

MERCEDES DEL AMO

SALVADOR VILA:
EL RECTOR FUSILADO EN VÍZNAR



GRANADA
2020

Salvador Vila: El rector fusilado en Viznar
Tercera edición, 2020
Primera edición y segunda edición, 2005

© MERCEDES DEL AMO

© UNIVERSIDAD DE GRANADA

ISBN: 978-84-338-6732-2 • Depósito legal: Gr./1270-2020

Edita: Editorial Universidad de Granada

Campus Universitario de Cartuja

Colegio Máximo, s.n., 18071, Granada

Tel.: 958 243930-246220

www: editorial.ugr.es

Fotocomposición: María José García Sanchis. Granada

Diseño de cubierta: Tarma. Estudio gráfico. Granada

Imprime: Gráficas La Madraza. Granada

Printed in Spain

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

PRESENTACIÓN

SALVADOR VILA, NUESTRO RECTOR ESPECIALMENTE SENTIDO

Releo este libro para escribir unas palabras de prólogo y no puedo más que sentir orgullo y emoción al pensar que un hombre como Salvador Vila Hernández fue durante algún tiempo rector de nuestra querida Universidad de Granada. Y lo siento así porque a cada página compruebo que Salvador Vila fue un hombre eminentemente honesto, comprometido y, en definitiva, un hombre bueno que engrandeció, y aún lo hace, a nuestra universidad.

Vila llegó a Granada por primera vez en 1934, sin haber cumplido aún los 30 años, para hacerse cargo de la Cátedra de Cultura e Instituciones Musulmanas de la UGR. En muy poco tiempo supo incorporarse al sector más abierto, tolerante y generoso de la cultura de la ciudad, convirtiéndose en habitual de las diferentes tertulias —imagino inigualables— en las que participaban Federico García Lorca, Manuel de Falla, Manuel Ángeles Ortiz o Hermenegildo Lanz. Y, a la vez, convirtió en amigos a gente políticamente muy alejada de sus ideas, algunos de los cuales le darían la espalda más tarde. Gran docente y arabista, y excelente persona, llegó al rectorado tras apenas dos años de estancia en Granada. Una gran responsabilidad en un periodo especialmente complicado para España. Firme defensor de la 2.^a República incluso en los momentos en los que su de-

fensa podía resultar peligrosa, mantuvo una posición que no todos en Granada quisieron o supieron comprender. Y eso, finalmente, tuvo un alto coste para él y para la universidad. Primero le costó su puesto como rector y, posteriormente, la vida.

El magnífico retrato que traza Mercedes del Amo de la vida personal y profesional de Vila Hernández nos muestra a un sólido intelectual, formado en España y Alemania, extraordinariamente solidario y comprometido con sus creencias hasta el final. Un compromiso que no lo alejó, en una España que ya presagiaba dos bandos opuestos, de la búsqueda de la concordia y el acuerdo y que siempre apostó por la victoria del bien y de la legalidad sobre el mal y la barbarie.

El recorrido de Salvador Vila por la Universidad de Granada fue breve pero aún hoy, más de 80 años después de su asesinato, su figura sigue siendo inspiradora para nosotros, como personas y como institución académica. Fue un hombre volcado en ayudar a quienes necesitaron una mano amiga y también un fiel cumplidor de las normas, más allá de su gusto o disgusto por ellas.

La lectura de las páginas escritas por la profesora del Amo me trae a la memoria el muy conmovedor acto que la Universidad de Granada celebró el 23 de octubre de 2018 en el Lugar de Memoria Histórica del Barranco de Víznar. Ese mismo día, en 1936, Vila fue fusilado en el barranco de Víznar, un precioso lugar rodeado de pinares que, por otro lado, ha sido protagonista de algunos de los momentos históricos más infames de este país. Allí nos reunimos numerosos miembros de nuestra comunidad universitaria para homenajearlo, recordarlo y para dedicar unos momentos a su obra y su pensamiento. Un acto debido desde

hacía años tanto a Vila como a muchos otros docentes de nuestra universidad.

En aquel acto dejamos una placa que reconoce a nuestro rector y, como la propia Mercedes del Amo recuerda en su libro, a los numerosos miembros de nuestra comunidad universitaria que fueron asesinados o represaliados por la defensa de sus creencias: «En memoria de Salvador Vila Hernández, rector de la Universidad de Granada, asesinado el 23 de octubre de 1936 y en homenaje a todas las personas de la comunidad universitaria que fueron represaliadas por la defensa de sus convicciones y de la libertad» es la leyenda que se puede leer en esa placa. Unas palabras que se encuentran en Víznar y que desde allí se irradian hacia todos y cada uno de los espacios de la institución. Vila fue un rector breve pero muy significativo para nuestra historia. Su esbozo de sonrisa y su juventud me siguen conmoviendo cada vez que observo, y es algo frecuente, su retrato en la Galería de Rectores.

Salvador Vila: El rector fusilado en Víznar es un exhaustivo recorrido de Mercedes del Amo por la vida de Salvador Vila Hernández desde su nacimiento hasta su asesinato y, más allá, hasta el reconocimiento debido que, finalmente, la Universidad de Granada le hizo a Vila a finales de los años 70 del siglo pasado colgando, por fin, su cuadro en el lugar que le correspondía entre los rectores, no sin una pequeña polémica con su viuda, algo que en justicia también hemos solucionado con el paso del tiempo. Pero este excelente libro de Mercedes del Amo no muestra solo a Salvador Vila. La lectura de sus páginas, de la exhaustiva documentación que la autora ha manejado y que refleja en este volumen, nos permite vislumbrar con claridad los diversos acontecimientos ocurridos durante

los años de Vila en Granada y, en definitiva, nos ofrece una perfecta comprensión del ambiente que había en Europa y en España en ese primer tercio del siglo xx. Y, por supuesto, nos deja al descubierto la Granada de ese periodo, donde convivían quienes tenían en alta estima a Vila y quienes, más allá de lo razonable, lo dejaron desprotegido en un último acto que resultó fatal para Vila Hernández.

Dejo al lector que prosiga y avance en estas páginas. Solo así descubrirá la emoción de conocer al gran profesor y persona que fue Salvador Vila y que, hoy, más de 80 años después de su asesinato, es una figura esencial de nuestra universidad.

PILAR ARANDA
Rectora. Universidad de Granada
Junio de 2020

PRÓLOGO

A LA TERCERA EDICIÓN

El día en que, en el mes de mayo de 2005, Mercedes del Amo puso en circulación *Salvador Vila: el rector fusilado en Víznar*, salió el sol de la rehabilitación de la memoria de un hombre cuya vida había sido tronchada a los treinta y dos años por la riada de violencia y venganza que envolvía a España en 1936. Desde aquel lejano día de su desplo-me sobre el terreno de Víznar por el impacto de las balas, Salvador Vila había permanecido en el olvido en Granada —salvo algunos ramalazos de recuperación— y, especialmente, en su Salamanca natal. El trabajo de investigación de otra universitaria paisana y colega de Vila en el campo del arabismo, mujer comprometida y serena, dispuso el campo para la recuperación histórica y la rehabilitación moral de quien durante un breve periodo ocupó el rectorado de la Universidad granadina.

El libro de Mercedes del Amo se ofrece como un trayecto dinámico y sólido sobre la figura de Vila y su entorno. Las páginas de la obra no son una masa cargada de datos, sino que configuran un cuerpo cuajado de latidos, de apuntes debidamente perfilados reforzados por la documentación. La articulación de los resultados de la labor rigurosa de búsqueda de datos se traslada a una adecuada ordenación de elementos para relatar la configuración

del cuerpo de un texto que emplaza a Vila en su tiempo y entre sus gentes, no como «notas de color», sino como un despliegue de riqueza narrativa que nos ofrece a los lectores los entornos y los contornos, con el entramado social y sus relaciones.

Pero al mismo tiempo, Mercedes del Amo dispone en su obra otro motivo de relieve, porque la figura de Gerda Leimdörfer, la esposa, no aparece en el recorrido como «la señora de» que entra en escena en 1932 y que desaparece cuando lo hace el protagonista asesinado por las balas. En el libro se aborda cómo esta mujer alemana que tan poco tiempo dispuso para estar junto a su marido, sin embargo, tuvo que enfrentarse a un largo trayecto de sufrimiento. La autora documenta y describe la dignidad y firmeza con las que Gerda se enfrentó a determinadas situaciones para rescatar la memoria de Salvador Vila, a pesar de los años transcurridos desde el martirio de éste. La figura de Gerda no se limita a un retrato, sino al seguimiento de una mujer cuajada que mantuvo la defensa de los valores de la libertad una vez que salió de la prisión en Granada y regresó a Salamanca para permanecer en el ámbito de la familia de su marido hasta que en 1947 pudo disponer de pasaporte para viajar hasta Londres, donde se encontraba su padre que se salvó de morir en el campo de Dachau. Y es que el relato en torno a Gerda también nos traslada otra dimensión: la de esa mujer, luego acogida a suelo británico, que a través de su familia enlaza con la tragedia de tantos europeos cuya vida cayó reventada por la violencia. El libro es la historia de Salvador Vila, esencialmente, pero es igualmente el reflejo del recorrido doloroso de Gerda y su hijo Ángel. La vida que les obligó a enfrentar el asesinato del marido y padre.

Igualmente, creo que uno de los logros del libro de Mercedes del Amo es haber acertado a interrelacionar la presencia de Miguel de Unamuno en la vida de Salvador Vila. La documentación, las cartas, trasladan su admiración como alumno, incluso también en su etapa ya como profesor, pero sobre todo se refleja cómo Vila va evolucionando intelectualmente, cómo se posiciona en el ámbito del arabismo, de la investigación y de la docencia. Una relación, la de Unamuno y Vila, bien diferente de la que refleja una reciente malhadada película con grotesco espectáculo incluso con perfiles gansteriles como el de la detención de Salvador Vila en Salamanca. Por fortuna, tenemos *Salvador Vila: el rector fusilado en Víznar*, un texto donde el trabajo de investigación y la serenidad narrativa de la autora nos han permitido conocer el recorrido de aquella trayectoria salmantina, que terminó el día en que la Guardia Civil lo tomó preso en la casa familiar para trasladarlo a la cárcel de Granada.

«26 XI 36. En Granada han fusilado, los falangistas, al pobre Salvador Vila. ¡Esos degenerados andaluces, con pasiones de invertidos sifilíticos y de eunucos masturbadores». Así explotó Miguel de Unamuno, al conocer la noticia del asesinato de su discípulo y amigo, en su última anotación en *El resentimiento trágico de la vida*. A lo largo de aquel tiempo de guerra en el que había convivido y apoyado al bando sublevado contra la República don Miguel había perdido, por asesinatos de los rebeldes, a un buen número de amigos cercanos y conocidos, además de tener en la cárcel también a bastantes personas cercanas. Y con el asesinato de Salvador Vila ya no pudo contener el dolor ante aquella vida joven con inteligencia sobresaliente segada por el odio; en un ramalazo de irracionalidad cargó

sobre los andaluces la maldad que era común en cualquier lugar de España —entramado de sangre y destrucción de vidas que la profesora del Amo describe con tino en su introducción—, incluso delante de su propia morada en Salamanca, donde precisamente había comenzado la tragedia de Salvador y de Gerda.

Mercedes del Amo describe con datos y relato rico la dedicación del profesor al campo del arabismo y su especialización en la relación con el Derecho por sus estudios en Salamanca y ampliados luego; es lo que la profesora del Amo aporta, igualmente, en relación con la breve etapa en el rectorado de la Universidad granadina. Y siempre, en ese trayecto, despunta la preocupación política y el compromiso y conciencia social de Vila, que evidentemente van más allá de la influencia que inicialmente dejó en él su relación con Unamuno desde aquellos primeros tiempos de estudios y de dedicación a la vibrante revista *Mocedad*, en la que Vila se mostró tan activo y combativo junto a su amigo el profesor Wencelao Roces. Desde esas raíces, el republicanismo de Vila no fue sólo de carácter político, sino que entroncó abiertamente con la aspiración de regeneración y progreso que animó a españoles que deseaban mejores días para España.

El republicanismo limpio, alejado de disciplina partidaria, de Salvador Vila también queda de manifiesto en el texto del libro. Sin duda, esa condición de republicano combativo debió de ser un factor de peso, entre otros, en la hostilidad de la derecha y en el asesinato de aquel intelectual que no limitó su vida y su vigor intelectual al campo de sus estudios e investigaciones. Y, en ese sentido —como ya apunté durante la presentación del libro en Salamanca en mayo de 2005—, entiendo que por sus

valores Salvador Vila debería figurar dentro del ámbito de lo que el historiador Paul Preston ha denominado «la tercera España». Son aquellas personas que no secundaron «el indescriptible episodio sin sentido de autodestrucción nacional», «los españoles que se vieron desbordados por situaciones extremas», la España «que no fue responsable de los sanguinarios excesos de las derecha e izquierdas extremistas», así como gentes que mantuvieron su neutralidad, en opinión del historiador británico, que destaca la condición de «hombres de paz» de esas gentes. Desde luego, Vila no encaja en la neutralidad, pero sí se manifestó como un republicano a conciencia que figuró entre los «hombres de paz» que quedaron atrapados entre los peñascos del exceso. El rector de Granada, arrancado de su Salamanca natal para ser trasladado a la ciudad de adopción, encaja entre personas comprometidas y de paz, que perdieron la guerra y demasiados la vida, como ocurrió a Vila, víctimas entrizadas por el estallido del odio y la incapacidad para armonizar la convivencia social.

IGNACIO FRANCIA



PRÓLOGO

A LA PRIMERA EDICIÓN

Mercedes del Amo estaba llamada a restituir la memoria y con ella la dignidad pública de Salvador Vila, rector de la Universidad de Granada, asesinado en Víznar en octubre de 1936, a los 32 años. No sólo por el paisanaje; como Vila, ella es salmantina y vive en Granada, donde es profesora de literatura árabe de la Universidad. En la elección del personaje hay más determinación que azar, pues la autora lo aborda desde su dimensión de mujer comprometida. Si bien sus investigaciones se han desarrollado en el arabismo contemporáneo y su línea principal es la literaria, en el campo de la solidaridad ha dedicado páginas decisivas al premio Nobel Naguib Mahfuz y a la represión de algunas mujeres de cultura árabe.

Durante tres años, Mercedes del Amo ha estado inmersa, pasionalmente, en la investigación de la vida, pero sobre todo en el soplo de tiempo, tan breve como la brisa de una tarde de primavera granadina, que constituyen los siete meses últimos de la vida del rector Vila en nuestra ciudad, hasta su fusilamiento. ¡Qué relámpago de tiempo costaba asesinar a un hombre/mujer y qué desesperadamente larga para las víctimas y sus familiares la vía del desagravio, de la rehabilitación moral e histórica, en la tenebrosa e intolerante noche franquista! Se cumpliría la consigna de la

rebelión militar: borrar la memoria de los que defendían al Gobierno republicano, edificada sobre los derechos humanos, el progreso y la cultura para el pueblo, con un sostenido terrorismo de Estado durante la interminable posguerra: denuncias, detenciones, torturas, hacinamiento en las cárceles hasta el ostracismo, fusilamientos en las tapias de los cementerios, en las cunetas de las carreteras, o el tiro a bocajarro. En ese desierto de silencio, donde tantos quedaron varados, penetra la autora para rescatar la decencia de un hombre bueno y sabio.

¿Pero quién era Salvador Vila? En 1936 era un hombre de 32 años, que ya sabía de prisiones y destierros: republicano de izquierdas, militante desde su adolescencia, intelectual con formación internacional e influencias y amistades peligrosas, como la grande y confesa a su profesor Miguel de Unamuno. En Salamanca estudió simultáneamente Filosofía y Letras y Derecho. En 1930 su interés por el arabismo lo lleva a la Universidad Central de Madrid, donde ejercerá durante tres años como auxiliar temporal y desde su fundación, en 1932, fue adjunto de la Escuela de Estudios Árabes de Madrid.

Con una beca de la Junta de Colegios de la Universidad de Salamanca en el curso 1928-1929, Salvador Vila completaba su formación en la Universidad de Berlín. Allí conoció a Gerda Leimdörfer, joven estudiante de lenguas modernas, hija del redactor-jefe del más importante periódico judío de Berlín. El dominio del alemán vinculó a Vila como traductor, en 1929, a la editorial Cénit, cuyo sello editorial fue sinónimo de apertura y compromiso hasta 1936. A principios de julio de 1932 se casaban Salvador Vila y Gerda Leimdörfer, se instalaban en Madrid y al año siguiente les nacía su hijo. A mediados de diciem-

bre de 1933, con 29 años, Salvador Vila tomaba posesión de la cátedra de «Cultura e Instituciones Musulmanas» de la Universidad de Granada. En la Facultad de Filosofía y Letras era decano José Palanco Romero, que en 1936 será fusilado en el mismo escenario que Vila.

Desde su nuevo hogar en el carmen del Carril de San Cecilio, seguían las inquietantes noticias de la ascensión de Hitler al poder. Tras la Noche de los Cuchillos Largos (30-6-1934), Emil Leimdörfer, el padre de Gerda, decidió enviar a su hijo a casa de la hermana. En Granada empezó a estudiar bachillerato. El *Berliner Zeitung am Mittag*, el periódico de Emil, fue cerrado por la persecución generalizada contra los judíos. La Gestapo registró un día su casa, y la madre de Gerda a los pocos días sufría una hemiplejía que la dejó medio paralizada. Aceptaron el ofrecimiento de sus hijos y se reunieron con ellos en el carmen de San Cecilio.

La situación en España, en Granada y en la Universidad era inquietante. Las provocaciones de los estudiantes de derechas (Agrupación Escolar Tradicionalista, la Federación de Estudiantes Católicos, el Sindicato Español Universitario) multiplican los incidentes, que la prensa refleja. La sublevación militar de julio de 1936 desata la tragedia. Al matrimonio Vila le sorprende en Salamanca; allí son detenidos y extraditados a Granada, donde el 23 de octubre el rector era fusilado en Víznar. Gerda permanece detenida en la cárcel y, como en los tiempos de la Reconquista, fue obligada a aceptar el sacramento del bautismo a cambio de su libertad. Es la opción que le ofrecen a Manuel de Falla para salvar a la joven Gerda. La dimensión humana del maestro Falla aquel fatídico verano de 1936 creció tanto como su genio musical, enfrentándose a las gentes que

regentaban el poder usurpado al legítimo Gobierno de la República, en defensa de amigos y conocidos detenidos. Puesta en pie la sospecha, bastaba una simple denuncia para acabar en las tapias del cementerio, la cuneta de una carretera o el barranco de Víznar. Allí fusilaron a Margarete Adler, bajo la sospecha de estar actuando de espía. Se trataba de una muchacha judía, amiga de los Vila, que estaba refugiada en su carmen. Se dice que fue la primera fusilada en Víznar, pero desde los primeros días de la sublevación en Granada se desató la represión contra la mujer con la misma ferocidad y corrieron la misma suerte otras detenidas, entre ellas Agustina González, la zapatera, que bien podía haber tomado el calificativo lorquiano de prodigiosa por su compromiso social, proclamando la República con una bandera en el balcón de su casa, en la calle Mesones, por su solidaridad con los manifestantes obreristas y por su cultura y valentía ante la muerte. Aquel día, junto a ella, cayeron otras mujeres que iban en la misma expedición: dos hermanas que habían recaudado dinero para el Socorro Rojo y lo guardaban en sus medias y Carmela, la de los pajaritos, llamada así porque en el bar que regentaba en la calle de Elvira se vendían pajaritos fritos.

En el carmen de San Cecilio los padres de Gerda volvieron a vivir la tensión y el terror del fascismo sufrido en su país y la nostalgia de su mundo perdido. Desde Granada fueron deportados a Alemania y el padre internado en el campo de exterminio de Dachau.

En una ciudad tan peligrosa como Granada en la que se asesinó a su alcalde, al poeta más importante del siglo XX, a catedráticos, profesores, maestros, periodistas y a miles de obreros/as, la actitud de la viuda de Salvador Vila

tenía que ser intransigente. De ahí que Gerda Leimdörfer, persuadida de que la moral restituida es indisociable de la acción política, y de que a la hora de recuperar la memoria histórica tras tantos años de ignominia aún era espinoso traspasar la superficie y agitar las profundidades, se negara a enmascarar los hechos, y reclamase, tras la colocación del retrato de su marido en la Galería de Rectores en la Universidad de Granada, que en el cuadro constase que fue destituido ilegalmente y no cesado; y asesinado, que no muerto.

A fines del siglo xx todavía permanecían latentes las secuelas de la represión. Lo confirma la reflexión de Mercedes del Amo: «...los supervivientes de la Guerra Civil, que habían quedado en España los años de la Dictadura, suavizaban sus reacciones para no ofender la sensibilidad de quienes les ofendían a ellos. Sólo Gerda mantenía la postura de dignidad y de reivindicación de la verdadera historia vivida por Salvador Vila».

ANTONINA RODRIGO



INTRODUCCIÓN

Cuando escribo estas líneas estoy terminando el libro que el lector tiene en sus manos. Ha sido un largo proceso, apasionante unas veces, agotador otras y siempre interesante en la búsqueda minuciosa de materiales y noticias. A veces me he sentido como quien se enfrasca en organizar un puzzle; o mejor, como quien se empeña en recuperar un mosaico antiguo cuyos fragmentos se han desparramado en distintos sitios, en diversos estratos y momentos diferentes. Se sabe que están ahí, pero hay que encontrarlos, darles forma, intuir a su autor primigenio e ir colocándolos con mimo, hasta reconstruir lo que se pueda de lo que era la obra original. Así ha sido, más o menos, la investigación generadora de la biografía de Salvador Vila, el rector de la Universidad de Granada que contaba treinta y dos años cuando fue fusilado por los fascistas en Víznar, junto al poeta y varios miles, se dice, de granadinos desafectos a los militares levantiscos del 36.

Era una promesa del arabismo español, discípulo de Unamuno, amigo de Wenceslao Roces, vecino de Manuel de Falla, investigador con formación germana, políglota, internacionalista y republicano; principalmente republicano, con fuertes convicciones políticas, a pesar de no estar organizado en partido alguno. Todas estas virtudes le cos-

taron la vida en un momento en que en el ámbito cultural, educativo y científico los segundones se revolvieron contra los de primera fila; en que los detentadores del poder secular no soportaron la pérdida de una pizca del mismo; en que prefirieron un retroceso de cincuenta años al avance rápido y prometido de los intelectuales republicanos.

Cuando vea la luz este libro se estará en pleno centenario del nacimiento de Vila, del cual sólo fue protagonista un tercio escaso del mismo. Su drama y el de muchos de sus compañeros arrastraron a sus familias, arrastraron al país entero, a una vorágine destructora de vidas, haciendas, ideologías... Con la rebelión quedaron destruidas la educación, la cultura, la ciencia, la economía, las relaciones internacionales; todas las esperanzas de cambio, apenas vislumbradas durante los años de la República, fueron sustituidas por el hambre, el miedo, el oscurantismo, el racismo, la intolerancia de los que a los ciudadanos se nos dio más cantidad y durante más tiempo de lo que humanamente se podía tolerar. Los intelectuales que no murieron marcharon al exilio, dejando huérfanos de su buen hacer a los que no podían salir, a los que se quedaron porque o no tenían otro remedio o estaban del lado de los vencedores.

Sobre la familia del rector Vila se cebó la época de los fascismos europeos, pues Salvador se casó con Gerda, una judía alemana de la burguesía berlinesa, cuya familia sufrió la persecución nazi en la Alemania de los primeros treinta, y el franquismo, cuando vino a refugiarse a Granada en casa de los hijos. Tanta desdicha diezmó a los Vila-Leimdörfer y arruinó las expectativas de los que quedaron vivos.

Se ha escrito mucho sobre la Guerra Civil española, es verdad; se ha recuperado la memoria de sus protagonistas

más reconocidos, pero queda aún por exhumar la memoria de aquellos héroes anónimos, víctimas o ambas cosas a la vez, a los que todavía se ha dedicado escasa atención. Sé por experiencia que cuanto menos pública haya sido la vida de una persona más difícil es de escribir su biografía. Salvador Vila fue un hombre público durante un corto espacio de tiempo, y lo fue en una ciudad en donde la historia se ha hecho hasta ahora a través del granadismo; es decir, la historia de las personas pertenecientes a antiguas familias granadinas. A los que llegaron de fuera no se les reconoce su labor hasta pasados muchos años. Por eso, porque Salvador, nacido en Salamanca, sólo estuvo en Granada tres escasos años y apenas tres meses como rector, no ha habido memoria oral que recuperar. Ha habido, por el contrario, que espigar noticias aquí y allá, en las obras generales sobre la Guerra Civil en Granada, en las biografías de sus coetáneos, tuvieran o no alguna relación con el protagonista de este libro, en archivos de todo tipo, en bibliotecas y hemerotecas. Pero no habiéramos llegado muy lejos de no haber contado con el relato de estos hechos recogido por Manuel Pulgar para el hijo y los nietos de Salvador y Gerda. Él me ha llevado de la mano por archivos y bibliotecas, ha sido un hilo conductor sólido al que me he aferrado en momentos de sequía, de desánimo, de ganas de dejar mi compromiso a un lado y de dedicarme a otras tareas docentes e investigadoras más fáciles o perentorias, o al disfrute vacacional del que he carecido durante dos años. Sin embargo, también ha habido momentos de intensa emoción cuando, hojeando la documentación generalista o supuestamente periférica para el tema, me encontraba el nombre de Vila y un detalle nimio o fundamental sobre su vida; cuando logré la

dirección de su hijo, cuya ignorancia me había costado dos abandonos del trabajo en la década de los noventa; cuando conocí a doña Boni de Cabo, la única superviviente de los amigos de Salvador y Gerda, que había compartido con ella penas y risas; cuando la Facultad de Filosofía organizó un *Intelectual y su Memoria*¹, con Ángel y James Vila, Boni de Cabo e Isidro Zatarain; o cuando Canal Sur le dedicó un programa.

Y entre buenos, regulares y malos momentos, como en todo trabajo de investigación, éste está llegando a su final, no sin antes enviar mi agradecimiento más profundo a la familia Vila, en especial a Ángel porque, además de la documentación y las fotografías que me proporcionó, me consta que hurgar en la historia familiar le ha supuesto no poco gasto emocional; a James que interrogó a Manolo Pulgar e hizo que se pusiera a escribir *Vida breve*, quince folios esenciales; y a Hannelore y Claudia Leimdörfer, cuñada y sobrina de Salvador, a las que conocí en Buenos Aires donde residen, e inmediatamente pusieron a mi disposición el álbum de fotografías, las cartas familiares y su memoria del éxodo de Rudolf a Argentina; a todos vosotros mi reconocimiento y mi cariño, como a quienes me animaron y me abrieron camino con sus aportaciones documentales, que me tradujeron cartas, que revisaron archivos, hemerotecas, webs, o sus papeles familiares, que digitalizaron fotografías y documentación, o localizaron a personas que yo había buscado sin éxito; doy su lista por orden alfabético, porque soy incapaz de valorar la aportación por su importancia pues, como he dicho, en un

1. Serie de entrevistas grabadas en vídeo realizadas a intelectuales consagrados sobre aspectos desconocidos de sus biografías.

mosaico las piezas chicas y las grandes tienen el mismo papel, el mismo peso: a vosotros Fernando Agreda, Mai Álvarez, Daniel del Amo, Vicente del Amo, Esperanza del Arco, Boni de Cabo, Carmen Carrasco, Enrique Fernández Lópiz, Rafael Gil Bracero, Miguel Gómez Oliver, Eduardo González Gonzalo, Severiano Hernández Vicente, Rosario Jiménez Vela, Enrique Lanz, Mercedes Linares, Carlos Lópiz Vila, Manuela Manzanares, Rafael Marín, Elena Martín-Vivaldi, Fernando Molina, Marta Osorio, Cristóbal Pasadas, Sara Pasadas, Marta Pasadas, Rafael Peinado, Virginia Penzatto, José Manuel Pérez Prendes, Pedro Resina, Antonina Rodrigo, Carmen Santos, María Dolores Santos Moreno e Isidro Zatarain. A todos gracias por vuestra ayuda.



CAPÍTULO 1

DE SALAMANCA A GRANADA

1.1. SALAMANCA

El comienzo del siglo xx no trajo a Salamanca el ansiado bienestar. La gran crisis finisecular había extendido sus raíces en el siglo que comenzaba y los problemas asolaban estas tierras. Sus habitantes luchaban por la supervivencia en medio del hambre y la falta de trabajo endémicos. Años antes, las plagas, la tala de montes, la roturación excesiva de tierras, la monstruosa explotación cerealista (cultivo que necesita de muy poca mano de obra) y la falta de higiene habían sumido a la región en una depresión sin precedentes. Al hambre se añadió la enfermedad: los niños morían en número muy superior a otras partes de España y la cantidad de fallecimientos era mayor en la capital que en la provincia, ya que la falta de higiene en las calles, de asepsia en el agua y la inexistencia de alcantarillado eran caldo de cultivo de infecciones gastrointestinales que elevaban la tasa de mortalidad infantil. Enfermedades como la tuberculosis, la bronquitis, la viruela y el paludismo eran moneda corriente en una ciudad cuyas escuelas carecían de retrete, los residuos domésticos se evacuaban al Tormes en grandes recipientes que transportaban las mujeres al atardecer, en

la que el agua de las charcas se bebía y en la que el déficit alimentario de los adultos —el pan blanco era una novedad nada habitual en la mesa— y la falta de leche para los niños se habían convertido en cotidianos. En estas condiciones de vida a los habitantes de Salamanca no les quedó otra opción que emigrar a ultramar, principalmente a Argentina. Raras eran las familias que no contaran con alguno de sus miembros entre los que habían partido: hombres, mujeres y niños, familias enteras, marchaban con lo puesto y un pasaje de barco subvencionado entre las manos hacia un futuro incierto; incluso hubo algún pueblo que intentó la emigración al completo, con su alcalde, su médico y su maestro al frente de este particular éxodo. Los pequeños propietarios de tierras, cercados por deudas antiguas y nuevas, vendían sus exiguas parcelas a terratenientes ávidos de latifundios y de poder. En esta época aumentó en Salamanca el caciquismo en igual proporción y con la misma velocidad que perdía población.

El año en que nació Salvador Vila, 1904, fue un año especialmente calamitoso. La sequía dejó el campo sin pastos y la carencia hizo su trabajo entre el ganado, que moría de inanición sin reproducirse, por lo que la cabaña salmantina quedó diezmada con la consiguiente ruina de una de las principales fuentes de ingresos del campo charro. Ante tan dramática situación la movilización de los agricultores no se hizo esperar. El asociacionismo creció fuertemente para intentar paliar las consecuencias de la crisis, apareciendo sindicatos católicos con conciencia social y, en menor medida, organizaciones republicanas y de izquierdas¹.

1. Cf. Ricardo Robledo y José Luis Martín (eds.). *Historia de Salamanca. Siglo xx*. Salamanca: Centro de Estudios Salmantinos, 2001, pp. 15-79.

La capital de Salamanca era entonces una ciudad pequeña y recoleta, pero no excesivamente provinciana debido al trasiego de estudiantes, académicos y clérigos de todo tipo que siempre han pululado por ella, dándole ese matiz entre provinciano y capitalino que la diferencia de otras ciudades de Castilla, sobre todo si se la observa desde su Plaza Mayor. En calma aparente, los días transcurrían unos iguales a los otros y su actividad giraba en torno a la Universidad y al comercio. Tenía una población mayoritariamente conservadora y católica, con algunas minorías intelectuales dedicadas al renacimiento cultural que se consolidó en el primer tercio del siglo xx, y un incipiente asociacionismo obrero de izquierdas influenciado por los movimientos internacionalistas de la época. Su Universidad era el reino de Unamuno y desde ella ejercía un liderazgo intelectual que sobrepasaba con mucho los límites de la ciudad e incluso del país, que en aquellos momentos estaba inmerso en la búsqueda de una intensa renovación encabezada por la Generación del 98. Los estudiantes salmantinos veían en él a una personalidad honesta, capaz de la crítica directa a pesar de las circunstancias políticas y sociales adversas, y en torno a su figura se aglutinaron varias generaciones de nuevos intelectuales, entre ellos y en lugar muy destacado el propio Vila. Los intelectuales salmantinos con Unamuno a la cabeza se implicaron en el problema agrario y la Universidad prestó sus locales a congresos y reuniones sobre el tema, hechos que, al parecer, contribuyeron a que el rector fuera destituido de su cargo en 1914.

De la infancia de Salvador poco se sabe; que nació en Salamanca, el dos de agosto de mil novecientos cuatro, hijo de Severiano Vila Barranco, de cuarenta y un años cuando ocurrió el natalicio, y de María de las Mercedes Hernán-

dez Vicente de treinta y cinco; abogado él y ama de casa ella; que fue bautizado en la fe católica dos días más tarde en la iglesia de Sancti-Spiritus por el párroco Francisco García Peñalvo; que sus abuelos paternos eran A. Juan Vila Sánchez e Isabel Barranco Sánchez y que ambos habían muerto con anterioridad; que sus abuelos maternos eran Juan Antonio Hernández Macías y María Tomasa Vicente de la Calzada; que actuaron de padrinos el abuelo materno y la hermana mayor del neonato, Rosario; que era el cuarto hijo y que los anteriores vástagos eran mujeres, por lo que es de suponer vendría a colmar el deseo de ambos padres de tener un hijo varón. Podemos suponer también que fue muy protegido por la madre y por las hermanas, debido a lo cual y a que tenía un defecto de dicción se convirtió en un muchacho tímido y reflexivo que amaba el estudio y la lectura, pues además su padre le había infundido desde pequeño la filosofía del esfuerzo; a él y a sus tres hermanas mayores que habían estudiado una carrera, hecho nada habitual en las mujeres españolas de principios del siglo xx, cuyo destino general quedaba definido en la corta sentencia popular que proclama: «la mujer con la pata quebrada y en casa». Pero Juana, Rosario y María tuvieron la oportunidad de recibir una educación superior que las llevó a terminar y ejercer la carrera de Magisterio. «Se trataba de una familia de personas muy interesantes, inteligentes y cultas, de amena conversación. Entre las hermanas destacaba Rosario cuya charla podía embelesar por tiempo indefinido»². Para el hijo varón, inteligente y buen estudiante, estaba reservada la Universidad, que en aquellos años de penuria

2. Testimonio de Boni de Cabo Egido, amiga de la familia Vila, en la entrevista mantenida con ella el 28 de febrero de 2002.

económica era elitista y minoritaria. Las principales preocupaciones de la familia Vila a finales de la segunda década del siglo eran las mismas del salmantino medio; es decir, la carestía de la vida y la gripe de 1918 que segó la vida de un buen número de vecinos, pero si alguno de sus miembros la sufrió lo cierto es que sobrevivieron todos a esta plaga.

De dónde y con qué resultados realizó Salvador Vila la enseñanza primaria no han llegado noticias; sí, por el contrario, de lo amante que era de las peleas a pedradas (las 'dreas' según la jerga de los adolescentes salmantinos de la época) de las que más de una vez salió descalabrado. Ya por entonces se le notaba su capacidad de liderazgo y la atracción por el riesgo, que solía sortear con éxito, liderazgo al que no estorbaba su natural e innata timidez. La enseñanza secundaria la realizó en el Instituto General y Técnico de Salamanca terminando con sobresaliente de nota media, y cuya reválida realizó el 26 de junio de 1920. En el Instituto se decantó por las materias más teóricas e intelectuales, fracasando en otras aparentemente más fáciles, tales como la gimnasia y el dibujo cuyas calificaciones siempre son de aprobado raso. Con tan buen expediente Salvador tuvo acceso a una beca del Colegio de San Bartolomé, que le fue concedida por oposición al cumplir los requisitos, como consta en la documentación (AUS. AC D1(6)089 del archivo de la Universidad de Salamanca), de ser varón español, hijo legítimo, de buena conducta moral y religiosa y ser bachiller con nota de sobresaliente en el ejercicio de la sección a la que correspondía su beca. Los aspirantes a becario tenían que pasar tres duros exámenes para que se les otorgara la beca solicitada: el primero de ellos consistía en contestar oralmente a tres preguntas relativas a las materias del bachillerato; el segundo en desarrollar en el

plazo de tres horas y por escrito un tema que era el mismo para todos los opositores; y el tercero, una traducción de latín por espacio de dos horas. La beca era importante pues cubría todos los gastos de la carrera, incluidos los costes de los títulos de bachiller, licenciado y doctor, los costes de estancia de nueve meses en la Universidad Central para realizar el doctorado y el ser pensionado para una estancia en el extranjero una vez obtenido el título de Doctor. Salvador consiguió y mantuvo la beca hasta el final de sus estudios universitarios, pero la solicitó para hacer Derecho y el 6 de junio de 1921 vuelve a solicitar que le sea posible utilizarla para los estudios de Filosofía y Letras que ya había comenzado ese curso, cosa que se le concede.

Accede Salvador a la universidad con dieciséis años recién cumplidos para en los cuatro siguientes cursar simultáneamente las carreras de Filosofía y Letras y Derecho. Es de suponer que el padre quisiera que Salvador continuara con la tradicional profesión familiar, la abogacía, pero al hijo le tiraban más las humanidades, aunque por no contrariar las expectativas paternas simultaneó los estudios de Derecho con los de Letras, si bien es verdad que con resultados mucho más brillantes en la segunda de las carreras que en la primera. Cuando Salvador Vila comenzó la etapa universitaria en octubre de 1920 era decano de la Facultad de Filosofía y Letras Miguel de Unamuno que es quien firma el primer certificado académico de Salvador que se ha conservado hasta la actualidad, y cuyas calificaciones son: Historia de España, sobresaliente premio; Lengua y Literatura Españolas, sobresaliente y Lógica Fundamental, notable. Entre los cursos 1921-1922 y 1923-1924 compatibiliza los estudios de Filosofía con los de Derecho, verificando el grado de licenciado sección

Letras el 6 de junio de 1924 con la calificación de sobresaliente. Estas notas confirman el éxito de Vila como estudiante, pero las actividades de Salvador no sólo quedaban circunscritas al ámbito de los estudios, sino que fuertemente concienciado de la situación que vivía España bajo la dictadura de Primo de Rivera por las conversaciones que mantenía con Unamuno, entonces su profesor de Griego, pronto empezó a participar en algunas reuniones y algaradas estudiantiles contra el régimen, lo que le ocasionó no pocos problemas.

Este contacto de Salvador Vila con Miguel de Unamuno parece anterior a su relación como maestro y discípulo, pues entre ambas familias existían lazos de amistad previos, aunque el vínculo que le unió al maestro fue una admiración intelectual sin límites ya desde su época de estudiante universitario, lo que explica su rebelión contra aquellos que decretaron y ampararon el destierro del viejo profesor. El pronunciamiento de Primo de Rivera en 1923 tenía como uno de sus objetivos el dominio de una universidad siempre crítica con los malos políticos, incapaces de sacar al país de la crisis en que se hallaba desde antaño. Una de sus primeras medidas fue la destitución del entonces decano de la Facultad de Filosofía y Letras y vicerrector, Miguel de Unamuno, pretendiendo de esta manera dar un escarmiento al medio universitario, pero no se midió bien hasta qué punto era ya un personaje simbólico que podía aglutinar, y de hecho así lo hizo, todo el rechazo estudiantil a la dictadura. Las repercusiones de este hecho en la Universidad y la ciudad fueron enormes, y la reacción que provocó contra el dictador y la monarquía fue más allá de los límites de Salamanca, y de España, para llegar a convertirse en un escándalo internacional.

En cuanto a Vila, la rebelión y la frustración que el alejamiento del maestro le provocaron quedan plasmadas en su examen de licenciatura conservado en la Universidad de Salamanca, al responder a la cuestión «fenómenos de iotización en la fonética castellana». Dice así:

... esta clarísima simplificación de la teoría de la iotización se debe al, por tantos conceptos, maestro de la España actual Dr. Miguel de Unamuno que en su cátedra de esta Universidad viene a ser digno sucesor de aquellos que tanto levantaron su nombre³.

Como quiera que el examen se realizó el 6 de junio de 1924, se percibe en el mismo un reto al tribunal, ya que Unamuno se hallaba desde febrero de ese mismo año deportado a la Isla de Fuerteventura, por los motivos antes expuestos y como castigo a la publicación de una carta privada en la que daba su opinión sobre el dictador Primo de Rivera y el rey Alfonso XIII⁴. Esta reivindicación del maestro por parte del discípulo predilecto había aparecido ya un mes antes en la revista *Mocedad*, una especie de opúsculo en el que los estudiantes comenzaban a publicar pequeños ensayos y artículos y en cuyo número primero Salvador firma dos de ellos. El primero está escrito con la nostalgia de la ausencia y en él aparece una caricatura del desterrado realizada por el pintor Segundo Vicente; el segundo resume una conferencia pronunciada por el cate-

3. Examen de Grado de Licenciado de Salvador Vila Hernández, conservado en el archivo de la Universidad de Salamanca.

4. Cf. Concha de Unamuno Pérez. «El entorno familiar de Miguel de Unamuno». En *El tiempo de Miguel de Unamuno y Salamanca*. Salamanca: Universidad / Diputación/Ayuntamiento, 1998, pp. 105-107.

drático granadino Gómez Moreno. Reproducimos íntegro el primero de ellos, pues mejor que cualquier relato ilustra la admiración de Vila hacia su maestro:

*Recuerdo*⁵

Era la clase más clara y luminosa de la Universidad; los rayos del sol, contenidos por los espesos muros, se precipitaban dentro de la ventana y envolvían la figura del Maestro, bañándola de luz. Sentado en su sillón frailerero con aspecto majestuoso y sencillo y su blanca cabeza nimbada de sol, Don Miguel se nos aparecía como augusto profeta cuya frente luminosa reflejara el porvenir de España en fuerza de conocer su pasado y de encarnar la esencia misma del espíritu español. A veces se paseaba. Su recia figura, venerable y serena, asiento digno de un espíritu helénico y amplio, al par que fuertemente cristiano, hermanaba maravillosamente con el fondo que las grandes ventanas le proporcionaban, dejando ver la fachada neoclásica del Colegio de Anaya, la ciudad vieja y cristiana y allá al fondo los amplios campos castellanos que al llegar al horizonte se comban en sierras potentes; su mano trazaba, firme, los signos griegos en el fondo negro del encerado, mientras su explicación sencilla henchía de sentido las muertas palabras.

Por prodigiosas asociaciones de ideas, la clase de Don Miguel era un rico mosaico en el que todos los conocimientos se mezclaban en unidad admirable, frecuentemente recitaba estrofas italianas y catalanas y al pronunciar los versos de Carducci y de Dante, de Verdaguer y de Maragall, el Maestro se transfiguraba: solo quedaba de él la voz potente que rasgaba nuestra alma y el formidable gesto que encadenaba nuestra atención; pero siempre, tanto al

5. Salvador Vila. «Recuerdo». *Mocedad*, 1 (04/05/1924), p. 3 (revista conservada entre los fondos documentales de la Casa-Museo Unamuno en Salamanca).

explicar la historia de una palabra como al recitar la estrofa sonora, conservaba su sencillez, y nunca, ni al formular una prosaica hipótesis explicativa de un nimio fenómeno filológico ni al encrespase recitando los más tempestuosos versos, perdía su natural majestuosidad.

Pero de todo D. Miguel lo que más profundo nos queda grabado en nuestra alma es su mirada de poeta, apacible y vigorosa, tan semejante a la de un niño, y que sinceramente nos hace exclamar: así miraría seguramente D. Quijote.

Hoy, por circunstancias lamentables, el Maestro ha marchado de Salamanca; su clase, la más luminosa, tiene la tristeza del árbol abandonado por el ruiseñor; podrán otros pájaros anidar en él pero el recuerdo del canto inimitable despertará siempre en nosotros la añoranza de lo mejor.

Otro profesor daba su clase; leíamos el texto; el cansancio nos agobiaba; las palabras pronunciadas resbalaban por nuestro cerebro, hermético para lo que no fuera recordar al Maestro; este recuerdo se hizo tan fuerte que no nos percatamos de lo que se decía, y nuestro espíritu absorto revivía las lecciones del Maestro ausente percibían [*sic*] el espíritu de D. Miguel, flotante en su clase.

Leíamos a Verdaguer; nuestro labio torpe quitaba a la estrofa todo su encanto musical, ese encanto que D. Miguel, recreándola, viviéndola sabía tan perfectamente hacer resaltar.

Pasó la hora; salíamos tristes, molestos, con ese vago malestar que experimentamos siempre que algo que creíamos inmovible es derrocado, dejando en nuestro espíritu un horrendo vacío que jamás podremos rellenar.

La marcha de D. Miguel nos dolía en el corazón, en la cabeza, en todo nuestro ser.

SALVADOR M. VILA
Salamanca, 1924

1.2. MADRID

Madrid se convirtió en la Meca de intelectuales, escritores y artistas. Los años veinte madrileños fueron escenario de una agitación y renovación cultural, propiciada a medias por los componentes de la Generación del 98, convertidos en intelectuales respetados, y por los jóvenes de la Generación del 27, llegados a Madrid a terminar su formación. El compromiso con la regeneración y la renovación de España unió a jóvenes y mayores en un esfuerzo común: sacar a España de su anquilosamiento, luchar contra el caciquismo y el analfabetismo de gran parte de la población y renovar la universidad, cerrada a las nuevas corrientes científicas y de pensamiento que habían florecido en Europa. En la consecución de estos objetivos se produjo el acercamiento de los intelectuales al movimiento obrero, todavía incipiente. Las tertulias en cafés, sedes de periódicos, teatros o casas particulares florecían en torno a una u otra figura ya consagrada: Ortega y Gasset en la redacción de la Revista de Occidente, Antonio Machado en el café Europeo y en el Teatro Español la tertulia de María Guerrero. Algunos intelectuales de provincias como Unamuno o Machado viajaban regularmente para no perder contacto con las vanguardias y convertirse, asimismo, en referentes de las nuevas generaciones que allí recalaban. La Residencia de Estudiantes cumplía un papel formativo único al poner ante sus residentes los principales intelectuales europeos del momento, a los que traía para dar conferencias, recitales, exposiciones y conciertos; y la Junta de Ampliación de Estudios facilitaba la formación internacional a los mejores universitarios, ya fueran de ciencias, humanidades, derecho u otras áreas. Su política de becas permitió a numerosos licenciados entrar en

contacto con universidades más abiertas y avanzadas que la española donde habían cursado su licenciatura, pero la universidad paradigmática de aquellos momentos era la alemana, convertida en la primera potencia científica y de innovación de pensamiento⁶.

Vila tampoco resistió la llamada de la capital y se trasladó a Madrid para ampliar estudios y allí cursó en 1924-1925 las asignaturas de Sánscrito, Literatura árabe-española, Filología Románica y Lengua y Literatura Rabínicas, cuyos resultados volvieron a ser de sobresaliente honor en las cuatro. No era el primer contacto con materias de arabismo, pues en Salamanca había estudiado Lengua Árabe y Lengua Hebrea, lo que debió servirle para decantarse por los estudios semíticos. Para un joven estudiante el paso de cualquier pequeña ciudad a Madrid siempre representa un reto pero éste, en el caso de Vila, iba avalado por la cuantía de la beca del Colegio San Bartolomé. Salvador coincidiría en Madrid, en algún momento, con sus amigos Ángel Santos y José María Quiroga Pla, yerno posteriormente de Unamuno. Por tanto, el salto de Salvador de una capital provinciana a la corte no debió ser traumático sino prometedor y en Madrid su compromiso político se afianzó hasta el punto de que en el verano de 1925 fue detenido repartiendo octavillas contra el Directorio. Es posible que se tratara de la concentración estudiantil en la Estación del Norte, cuando se trasladaron los restos de Ángel Ganivet y en la que se quiso dar lectura a una carta del desterrado Unamuno en la que decía: «Deberían no haberte traído hasta que este solar, nuestro solar,

6. Luis Enrique Otero Carvajal. «Ciencia y cultura en Madrid, siglo xx». En A. Fernández García (ed.). *Historia de Madrid*. Madrid: Universidad Complutense, 1993.

sustentase un pueblo libre, hasta que sobre tu huesa granadina pudiese sonar, resonando al pie del Mulhacén, la voz de la verdad, hoy proscrita en España»⁷. Este día la refriega entre la policía y los estudiantes llegó al enfrentamiento directo y a la detención de algunos manifestantes.

Pero el percance más importante que sufrió Salvador tuvo de nuevo relación con su maestro. La deportación de D. Miguel de Unamuno a la isla de Fuerteventura se convirtió en un exilio de seis años al huir éste a París desde la isla en noviembre del mismo año y más tarde a Hendaya con el fin de estar más cerca de España. No volvería a Salamanca hasta terminada la dictadura, en febrero de 1930, aunque su influencia sobre los estudiantes no decayó en estos seis años y siguió tan vigente como el día en que salió de su casa hacia el exilio «escortado por el cariño y los aplausos de los estudiantes de Salamanca»⁸. Vila no cesó de reivindicar y defender al viejo profesor en todos estos años. El destierro de Unamuno conllevó además la separación de su cátedra de Griego, que volvió a salir a concurso en 1926 ante el malestar de los seguidores de éste.

1.3. ISLAS CHAFARINAS

El libro de Luis Jiménez de Asúa, *Notas de un confinado*⁹, sobre su destierro a Chafarinas junto con Arturo Ca-

7. Cf. Mariano Peset. «Autonomía y libertad de cátedra» en <http://www.uc3.es/uc3m/gral/DHC/discursomarianoPeset.doc> (visitada 15/12/2003).

8. Luciano González Egado. *Salamanca la gran metáfora de Unamuno*. Salamanca: Universidad, 1983, p. 73.

9. Luis Jiménez de Asúa. *Notas de un confinado*. Madrid: Compañía Ibero Americana, 1930.

sanueva, Francisco Cossío y Salvador Vila, ha supuesto un documento de extraordinario valor para ilustrar un episodio de la vida de Vila, de difícil clarificación de no haber sido posible contar con él. Las islas Chafarinas son un pequeño archipiélago de tres islotes que dista de las costas africanas dos millas y media. Desde el s. XVIII son consideradas españolas y de ellas se extraía la piedra para construcción de edificios, a pesar de que su ocupación definitiva no tuvo lugar hasta el 6 de enero de 1848 por Francisco Serrano, en cumplimiento de una orden de Narváez para impedir un posible desembarco francés. La isla del Congreso es la más occidental y de mayor tamaño, pero estaba deshabitada; la más pequeña se denominaba isla del Rey y estaba dedicada a cementerio del archipiélago. La isla Isabel II, llana y redonda y de clima templado, era la única habitada, aunque sus habitantes no pasaran de los trescientos cincuenta en aquellos años, la mayoría de ellos militares o funcionarios, y muy pocos vivían allí acompañados por sus familias. En esta isla, considerada como un penal benevolente, fueron confinados patriotas cubanos, filipinos y marroquíes que lucharon contra los españoles en sus aventuras coloniales.

Cuenta Jiménez de Asúa que el día 29 de abril de 1926 se personó en la Dirección General de Seguridad para interesarse por la suerte que habían corrido seis estudiantes detenidos en las inmediaciones del Ministerio de Instrucción Pública, por protestar por la concesión de la cátedra de Unamuno a un clérigo de Salamanca, el único que osó presentarse a la provisión de la misma, después de haber salido a concurso de traslado entre todos los catedráticos de Griego de las universidades españolas. A este concurso no se presentó ningún profesor en solidaridad con el desterrado, por lo que fue

sacada a libre oposición, aunque tampoco optó a ella candidato alguno, excepto el cura en cuestión.

La gestión de Asúa en favor de los estudiantes terminó con la detención del jurista y la orden de su confinamiento en las islas Chafarinas. Con una rapidez sospechosa se cumplió la orden y el día treinta del mismo mes Asúa viajaba en tren hacia Córdoba, Málaga y Melilla y el cinco de mayo arribaba a Chafarinas. Asúa no era el único confinado, tres días antes había llegado al mismo destino el director del periódico vallisoletano *El Norte de Castilla*; su delito era la utilización del derecho de libertad de expresión en el medio en que trabajaba y su nombre era Francisco Cossío. En Málaga, quien subió al barco con destino a la misma isla fue el abogado y publicista Arturo Casanueva, castigado por haber apoyado la protesta contra el cierre del periódico *La Época*; y por último, un muchacho de veintiún años, licenciado en Filosofía y Letras y Derecho, que era uno de los seis estudiantes por cuya causa Asúa se encontraba en el destierro. «Al ver cómo se donaba injustamente la cátedra de Griego, el discípulo fiel no pudo contener sus frases de rebeldía. Frente al Ministerio de Instrucción Pública, donde la iniquidad se había cumplido, Salvador Vila apostrofó con palabras breves a uno de los miembros del tribunal que falló las oposiciones. Pero él no era el único reo de ese delito, otros cinco estudiantes se habían hecho *culpables* de la misma honrosa *infracción*. Sin embargo, de los seis detenidos sólo Vila recibió ese trato excepcional. Los otros cinco fueron encerrados en la cárcel, donde sufrieron quince días de arresto, llevado con ejemplar dignidad. Mas apuntemos que Vila era reincidente: el verano anterior fue huésped del presidio por repartir unas hojas en que se censuraba la política del Directorio» (p. 37).

Vila fue conducido desde Madrid hasta Málaga en los mismos trenes que Asúa, pero como, siendo aún estudiante, no disponía del dinero necesario para el pago de mejor clase, fue conducido en tercera clase a expensas del Estado y no coincidió con Asúa hasta Málaga, poco antes de embarcar para África, donde los tres confinados fueron ya agrupados bajo la misma vigilancia. A Jiménez de Asúa se le permitió un pequeño paseo por Córdoba en compañía de dos policías y comprar algunos artículos necesarios para el posterior confinamiento; no consta que con Vila tuvieran la misma amabilidad, pero tampoco lo contrario. También se sabe que pasaron la noche en esta ciudad antes de partir para Málaga a las 11h. 15m del día 1 de mayo. Allí fueron recibidos por Arturo Casanueva, abogado y periodista santanderino, y a pesar de la estrecha incomunicación pudieron intercambiar unas pocas palabras. Tras Asúa se encontraba Vila «frío y severo, imposibilitado de cruzar conmigo la palabra, a quien Casanueva saludó con grandes transportes de camaradería» (p. 134).

En Málaga fueron separados para pernoctar en hoteles diferentes y, aunque llovía el día de su llegada, escampó al día siguiente y pudieron recorrer la ciudad, al parecer con mayor detenimiento que en Córdoba, pues Asúa habla de una excursión que duró hasta el anochecer y en la que pudo degustar el famoso 'pescaíto frito' malagueño, esta vez vigilado por la propia policía de la ciudad andaluza. A las ocho de la tarde del día 3 de mayo, ya reunidos los tres reos, embarcaron en un buque de la Transmediterránea que llevaba por nombre *Barceló*, con los soldados que iban a la Guerra de África (al matadero, dice Asúa). La travesía fue brava debido al temporal del Estrecho, y los tres compañeros de destino se marearon. Al amanecer del día 4

divisaron las costas de Melilla, ‘pintoresca y andaluza’, que recorrieron con curiosidad de excursionistas, como había ocurrido anteriormente con las otras dos ciudades en las que hicieron parada. Allí se presentía ya la guerra «al ver casi al alcance de la mano el famoso Atalayón y el dramático Gurugú, que hemos perdido y reconquistado varias veces y cuya posesión nos ha costado tanta sangre y tanto oro» (p. 140). En este recorrido por Melilla los viajeros se encontraron a un comerciante leyendo un libro en árabe. Salvador se detuvo e intentó leer el título para descifrar su contenido, pero su propietario, receloso y avaro, no le facilitó el trabajo y lo hurtó a sus ojos. Parece que Vila y Casanueva entraron a visitar el barrio judío; Asúa no pudo vencer la repulsión por la fetidez de los olores que salían del mismo y renunció a la visita; por el contrario sí acudieron juntos a la Escuela General y Técnica, en la que estudiaban alumnos árabes y españoles, y allí degustaron el primer té verde con menta de los muchos que saborearían en los días venideros. Al mediodía del 5 de mayo, embarcaban hacia la isla de Isabel II a donde llegaron a bordo del *Gandía* a las cuatro de la tarde del día 5 de mayo de 1926. Cossío, que había llegado unos días antes, les recibió en el bote que los desembarcó hasta tierra firme, con alborozo por la llegada de otros compañeros.

Este incidente se convirtió para Salvador más en una aventura que en un castigo, según los testimonios de sus compañeros de deportación. Podemos imaginar la gama de sentimientos que le provocó ver el mar por primera vez; nunca antes había observado nada parecido a no ser los campos castellanos repletos de mies verde movida por el viento al principio del verano. Salvador no se cansaba de contemplarlo y ya en la isla acudía cada día a la playa fuera

el tiempo inclemente o apacible. Las habitaciones que se les asignó sí tenían aspecto carcelario, a pesar de estar localizadas en la mejor calle de la isla. De paredes encaladas repletas de insectos ‘con un apetito insaciable’, lo mismo que las chinches que habitaban las camas y los mosquitos que acudían cuando se encendían los quinqués: «Contra ellos se estrelló nuestro ingenio y sólo Casanueva se pudo defender adquiriendo el único mosquitero que en la isla quedaba» (p. 151). Las camas primero fueron sacadas del hospital y más tarde sustituidas por otras de los cuarteles, con colchón de borra y sábanas de lienzo grueso. Acompañaban a la cama una mesilla de noche, un taburete de madera, un lavabo de hierro y una mesa mugrienta para los ratos de recogimiento y estudio, que los cuatro intelectuales esperaban fuera lo más positivo de este paréntesis en su actividad habitual. Cuenta Cossío que Salvador Vila era un «estudiante de la Universidad de Madrid, aún sin sombra de barba ni bigote en el rostro, y con unos ojos infantiles detrás de los espejuelos» —y más adelante— «Salvador María Vila, el estudiante, es el niño mimado de la deportación, por su gusto estaría deportado toda la vida; y de ahí su rostro siempre sonriente detrás de unos cristales redondos. En realidad es algo extraordinario, como para que los nietos no lo crean, el haber sufrido persecuciones políticas de estudiante. Vila en esto ha batido el record sobre todos los estudiantes de España. Con ello podemos decir que es el estudiante más joven de todos. Para que Vila esté absolutamente contento no le falta más que una carta de su madre aprobando su conducta. Y la carta llega por fin. Esta aprobación de la madre parece que nos alcanza a todos. Vila va de unas partes a otras en mangas de camisa, con la chaqueta al brazo, y parece que anda sobre la punta de los

pies. El comandante le ha dado la mejor celda, la mejor cama, la mejor mesa, el mejor quinqué... Los amigos le escriben entusiasmados y le mandan dinero; le llegan también cartas femeninas... Vila se ha hecho en pocas horas un héroe popular. Jiménez de Asúa, más reflexivo; Casanueva, más alborotado, y yo, más escéptico, nos hemos de acercar muchas veces a Salvador María Vila para recibir un poco de fe. Si toda la juventud española fuese lo mismo... Pero la juventud no es cosa de años, sino de ideas»¹⁰.

A las dos horas de llegar la isla ya les era familiar, pues estaba circundada por una carretera denominada el Paseo de los Tristes, no sabemos si en recuerdo de la calle homónima de Granada o porque se trataba del circuito que paseaban incansablemente los confinados, paseo que Asúa y Vila recorrían todas las tardes, cuando sus otros dos compañeros se enfrascaban en juegos de cartas de los que ellos no eran aficionados y, por el contrario, ambos se emocionaban con los hermosos atardeceres norteafricanos. Por las mañanas las excursiones eran en bote y podían llegar hasta los otros dos islotes deshabitados con los que terminaron familiarizándose. La amabilidad de los habitantes de la isla y la del comandante en especial, hicieron fácil y plácida la vida de los deportados, que se alteraba un tanto dos veces por semana cuando, tras la comida, llegaba el *Gandía* con el correo procedente de la península. Salvador recibió numerosas cartas de sus amigos y compañeros, algunos le enviaban dinero, otras de estas cartas venían rubricadas con firma de mujer. Su única preocupación en aquel momento era obtener la aprobación materna a la

10. Francisco de Cossío. *París-Chafarinas*. Madrid: Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, 1931, pp. 176, 195-196.

postura que había tomado y también llegó aquel consuelo; las dudas se disipan y su estancia termina siendo feliz, al amparo de los otros tres deportados más maduros que él, a los que premia con su optimismo y amabilidad que amplía también a sus carceleros, tan exiliados como ellos mismos.

Tampoco aquí se olvidan de Unamuno, «para nosotros no fue sólo un maestro, sino un camarada: le evocábamos en nuestras pláticas, nos confortábamos con el paradigma de su vida. Tan intensa era la memoria venerable del gran español en nuestra íntima entraña, que en las suaves tardes le veíamos surgir de la bruma marinera, con su cerrado chaleco y sus pupilas perforantes. A veces, al pasear el contorno del islote, nos creíamos asistidos por su compañía y su consejo. Hablábamos de él como si estuviese a nuestra vera, y en más de un instante hacíamos pausa en nuestro conversar, como si aguardásemos su respuesta» (p. 166). Al principio de su estancia en Chafarinas le habían escrito una carta:

Maestro:

Cuatro hombres —que sólo exhiben este título por usted exaltado— quieren enviarle, desde la isla en la que están ‘confinados’, su adhesión y la certidumbre de que su austero proceder ha sido para nosotros ejemplar. No nos quejamos del desafuero. Ni el periodista, ni el abogado, ni el estudiante, ni el catedrático que hoy le escriben han experimentado nuevos dolores al abandonar las costas de España envilecida e indiferente. Acaso porque ese dolor por la patria querida y maltrecha estaba colmado y rebosante. Al contrario. Estos cuatro hombres se han sentido tales al pisar las rocas de esta isla. Hoy se saben cumplidores de su deber. Hasta ahora vivieron en su país con sonrojo, aumentado por la actitud de usted, solitaria y magnífica. La persecución nos aproxima al maestro.

Quienes vivían en España una existencia intervenida y coaccionada, amordazados por una tiranía abyecta y bufa,

parecen haber recobrado la libertad al ser deportados. Y si vuelven a su patria, no será con intimidación y arrepentimiento, sino con más vehementes ansias de lucha y con renovados proyectos.

Maestro: estos cuatro confinados piensan un día escalar la despoblada isla del Congreso y apilar con sus manos piedras y tierra. Con ellas quieren elevar un pequeño obelisco en que grabarán toscamente el nombre de usted, al que recuerdan cada día con superlativa admiración. Para ofrendárselo le escriben ahora estos cuatro discípulos que aprovecharon de su maestro la excelsa lección de dignidad (pp. 167-168).

Antes de que terminara la reclusión cumplieron con lo escrito en la carta y visitaron la isla del Congreso para enterrar una caja con el nombre del exiliado en Francia y el apellido de cada uno de ellos y sobre la caja apilaron piedras de gran tamaño en forma de una pirámide; lo que si les falló fue la inscripción en la piedra que coronaba el monumento por la nula habilidad de todos ellos, buenos intelectuales pero pésimos trabajadores manuales.

Luis Jiménez de Asúa, el narrador de este relato, había sido becario de la Junta para la Ampliación de Estudios en su juventud en Francia y Suiza, convirtiéndose posteriormente en un jurista eminente que se comprometió con su época. Fue catedrático de Derecho Penal en una época en que los incumplimientos por parte del poder de los principios legales eran moneda corriente; sus denuncias continuas de la actuación de Primo de Rivera y del rey Alfonso XIII fuera de la legalidad vigente le granjearon situaciones como la que estamos tratando. Viajó al destierro en primera clase, pagándose de su bolsillo, visitó en profundidad todas las ciudades por las que pasó menos Córdoba, por falta de tiempo y de ganas de los policías que le acompaña-

ban. De este hecho se queja amargamente, pues su amigo Fernando de los Ríos le había afeado su desconocimiento de Andalucía, que calificaba como ‘pecado de lesa cultura’. A su llegada a Isabel II fue acomodado en un pabellón de dos habitaciones como acompañante de Casanueva. Tras la Guerra Civil se exilió a Buenos Aires, donde murió en noviembre de 1970. Sus biógrafos destacan en él su coherencia vital con los principios que defendía, coherencia que le llevó a asumir la Presidencia de la República española en el exilio a la muerte de Martínez Barrios a comienzo de los años sesenta¹¹.

El periodista, novelista y crítico de arte Francisco Cossío fue el encargado de la información. A decir de Asúa, Cossío tenía un cierto parecido con Marañón. Era hombre elegante que vestía un traje oscuro, pero calzaba zapatillas blancas para andar por aquellos andurriales isleños, aparente incongruencia con su elegante porte, y anticipo en cincuenta años de la moda. Compartía con Asúa las charlas nocturnas, cuando Vila y Casanueva, poco amantes del traspasado, ya se habían acostado; veladas que pasaban conversando en torno a la llegada de tiempos mejores en los que la dictadura sería derrotada. Cossío siguió en Chafarinas con su trabajo de periodista, realizando pacientemente entrevistas a los habitantes de la isla que eran transcritas en un cuaderno que le acompañaba siempre. Éstas fueron publicadas en el periódico *La Libertad*. A su regreso a España publicó en *The Manchester Guardian* sus impresiones durante el confinamiento y más tarde un libro titulado *París-Chafarinas*.

11. Enrique Bacigalupo. *Jiménez de Asúa, un exiliado que creó escuela*. Madrid: Fundación Españoles en el Mundo, 1993.

«Casanueva ha sido, es y será un loco magnífico» (p. 172) dice Asúa, pero en cierta manera la experiencia le indignó, pues tras Chafarinas interpuso todos los recursos posibles, por vía forense, policiaca, jurídica, denuncias al rey y a organismos internacionales. Yendo hacia el destierro se hizo limpiar los zapatos y pidió a los policías que le acompañaban que pagaran; y sólo lo hizo él tras armar un escándalo para que todos los presentes supieran que iba detenido, y éste no fue el único mal rato que hizo pasar al policía que le acompañaba desde Santander. Ya en Chafarinas fue el más popular de los cuatro por su carácter abierto, escandaloso y alegre; vestía capote y gorro de exlegionario y babuchas moras cuando se ponía a la máquina de escribir que había transportado consigo. Todos envidiaban su mosquitera, que había conseguido no se sabe muy bien de dónde, confeccionada en tul azul que hizo exclamar a Cossío: «Pero, ¿ésta es la cama de un exlegionario, o el lecho de Sor Concepción?». Las mujeres isleñas, que al principio no le habían gustado, despertaron poco después en él un interés inusitado; para calmar sus ardores Mustafá Raisuni, que también había sido deportado acusado de traición, le prometió que le regalaría una hermosa esclava virgen que se llamaba Warda. Casanueva en sus afanes literarios se había decantado por la poesía y antes de su llegada a las islas había publicado ya varias colecciones de poemas.

La percepción que Asúa tuvo de Vila es mejor transcribirla de manera literal, ya que hace un retrato muy completo del joven Vila: «Veintidós años mozos. Joven y estudiante. La actitud de Salvador Vila fue en todo momento asimiladora, como corresponde a una conciencia que se gesta. En el ferrocarril, rumbo a Córdoba, me dijo el inspector de

policía encargado de mi custodia que un muchacho casi adolescente iba en el mismo convoy, deportado con análogo destino al mío. Sufrí un considerable sobresalto. A esa edad son pocos los jóvenes de tono sereno y me acongojaba la sospecha de que no supiera sobrellevar dignamente la peripecia. Cuando el azar anuda la suerte de varios hombres, la cobarde actitud de uno parece que refluya en el grupo, amenguando el honor colectivo. Pregunté infructuosamente a los policías que me guardaban. Pero en el almuerzo reconocí al estudiante exilado y en el acto mis temores se desvanecieron. No pude conversar con Vila por impedirlo la consigna de mis vigilantes, pero le vi eruido, tan noblemente altivo, que sonreí triunfalmente a los agentes policíacos, deslizándoles esta observación: 'Es un muchacho... pero es un hombre.' Era un hombre sí; pero un hombre en ciernes, y por eso su curiosidad estaba tan despierta que la aventura le encantaba. Nunca había visto el mar. A nuestro arribo a Málaga llovía con tenacidad norteña. El agua que los cielos vertían en sábanas verticales no arredró al novicio aventurero, y en la misma mañana de la llegada corrió al puerto para hundir las absortas pupilas en el mar, desconocido de sus ojos. Volvió calado hasta los calcetines, pero su sonrisa resplandecía al recuerdo de la nueva sensación gozada.

«En la isla de nuestro destierro, Vila fue apodado 'el Rada de la expedición'. Todos nos esforzamos en protegerle. Cuidábamos de él como de un hijo: cuando iba al baño estábamos inquietos, temiendo que el mar, tan amado por el bisoño, nos lo arrebatara. Cada hora acrecía su experiencia. Como una esponja de avideces asimilaba el paisaje, las ondas del agua, los colores del cielo, el horizonte terrestre. Deseaba perforar las brumas y hacer de cada ojo un cata-

lejo de alcance infinito. ‘Quiero recorrer todos los días la isla para que Chafarinas entre en mí’, me decía con decidido acento. Cuando llegó el indulto que nos hizo libres, Vila sintió el desencanto de quien despierta de un ensueño. Este muchacho, casi niño, vivió unas semanas de romántica aventura, una de esas hazañas que envidian los adolescentes cuando leen junto al fuego del hogar las narraciones de Verne o Salgari. Sólo su recia estirpe castellana ha librado a Vila del peligro de adquirir un espíritu demasiado novelesco para su futura existencia de hombre moderno. En cambio los románticos días de su deportación templarán la sequedad mecánica de la centuria en que va a vivir sus años de hombre adulto» (pp. 178-180).

Como se ha dicho, prisionero de España estaba Mustafá Raisuni que llevaba ya seis meses residiendo en la isla, cuando llegaron los cuatro intelectuales castigados por el Directorio. Se trataba del sobrino del célebre Raisuni, de familia poderosa que cayó en desgracia, después de haber colaborado con la metrópolis, por tener a uno de sus miembros como lugarteniente de Abdelkrim. La acusación que se le hacía de traidor a España le granjeó las simpatías de los confinados, que pensaban que ser traidor al país invasor era ser fiel al propio. Raisuni vivía modestamente en Chafarinas, asistido por un criado y poseía una viva inteligencia natural que le hacía asimilar las cosas al vuelo. Aprendió a jugar al mus con tanta destreza que terminó siendo el mejor jugador de las timbas organizadas por Cossío y Casanueva. Se negaba a dejarse fotografiar para que no cayera su retrato en manos de los periodistas, aunque después de muchos ruegos lograron hacerle al menos una foto en compañía de los desterrados con la capucha de su chilaba cubriéndole prácticamente

el rostro, la que ilustra el libro de Asúa. Vencidos los primeros recelos, el día 12 invitó a una comida pantagruélica a sus compañeros españoles, lo que selló su amistad por mucho tiempo después del destierro.

La autoridad de aquel islote era por entonces el comandante Arsenio Fuentes, servicial y amable, según Asúa, que puso a las órdenes de los recién llegados un asistente y «se esforzó en complacer nuestros deseos antes de verlos formulados» (p. 187). En testimonio de su agradecimiento y a su vuelta a España los deportados le regalaron una placa conmemorativa. Hicieron amistad también con el matrimonio Torres, él boticario militar, que los recibían con simpatías en su casa; y con un cura deportado que hacía de capellán y que no logró el perdón del obispo de su diócesis antes que los otros cuatro lo recibieran del rey. Existía una familia que habitaba la isla de manera perenne, era la familia del pescador Curro, que se había convertido en la memoria oral del islote y que contaba al cuarteto las historias de todo penado que había pasado por la isla de Isabel II a lo largo de su vida. Otro español, Zamora, tenía un bar en el que compartían tertulia funcionarios y deportados; allí hacían sus colaciones, sabrosas y preparadas con higiene, Asúa, Casanueva, Cossío y Vila. Zamora completaba los menús con algún aperitivo o postre enviado por el comandante para tal fin. Había otros cuarenta prisioneros marroquíes que no se mezclaban con el resto de la población, quince días después habían doblado su número.

El 17 de mayo se celebró la onomástica del rey Alfonso XIII y con tal motivo era tradición condonar algunas penas menores. Esta vez les tocó a los deportados en las Chafarinas, por lo que el alejamiento por cuatro años de la península se quedó en quince días. La orden llegó a la

Comandancia General de Melilla y de allí a Chafarinas el 18 de mayo, siéndoles comunicada a los penados un día más tarde. Así asegura que lo que decidió el perdón fue la cantidad y volumen de las protestas que se habían desencadenado en España y el extranjero, principalmente en Argentina, donde él era ya muy conocido y estimado. El regreso fue casi contra la voluntad de Vila, ya que la estancia en la isla de Isabel II estuvo llena de sucesos y novedades inolvidables, sobre todo para un muchacho de la edad de Salvador. Su popularidad tras este incidente debió de alcanzar altas cotas entre sus amigos y conocidos, «vuelto al campus como un héroe Salvador no dejó que la popularidad se le subiera a la cabeza o que despertase ambiciones políticas»¹².

1.4. SALAMANCA

En el verano del año 26, Salvador regresó de vacaciones a casa de sus padres, a una Salamanca que ya no era la de su infancia. La situación económica de la mayoría de la población había mejorado algo por el trasiego de compraventa de tierras que pasaban de manos de la aristocracia a la burguesía agraria; se activaba la construcción de obras públicas tales como el ferrocarril, y en la dictadura de Primo de Rivera se construyeron algunas carreteras y se

12. Manuel Pulgar, segundo marido de Gerda, la mujer de Vila, recogió tras la muerte de ésta la historia de Salvador Vila tal y como se la oyó contar a ella, para que los nietos tuvieran la versión de la abuela. Varias copias de la misma me han sido entregadas por familiares y amigos con los que me he ido poniendo en contacto; se trata de quince folios mecanografiados que llevan por título *Vida breve*; la cita es de la página 7.

pusieron en marcha varias líneas de autobuses que unían los pueblos con la ciudad. Incluso la emigración se había ido desacelerando hasta casi terminar a finales de los años veinte¹³. Pero lo que seguía sin regeneración era la Universidad en ausencia, ya voluntaria, del Maestro. En agosto Vila le envía la carta siguiente:

Salamanca 29-VIII-26

Respetable y muy querido Don Miguel: aunque usted me decía en su carta que ignoraba el paradero actual de Ania, supuse que le había usted enviado la carta a Madrid; por esto no me apresuré a enviársela, y porque aquí, gracias a Dios, nos arrebatan las cartas de usted de las manos.

Pero como ve usted la que yo le envié es la única que ha recibido Ania; él tiene una intervención de correspondencia y me envía para usted ésta que le incluyo.

Aquí seguimos rodeados del mismo desesperante silencio, y agujoneados por las mismas vergüenzas; eso sí, no hay miedo de que dejen apagar en nosotros el fuego sagrado de la indignación.

Ustedes son los que pueden darnos noticias consoladoras y usted sobre todo avivar nuestras ilusiones, y templar nuestros bríos.

Recuerdos cariñosos para toda la familia y usted sabe con qué entusiasmo y cariño le sigue su

Salvador Vila

Unamuno había recibido en Fuerteventura numerosas muestras de solidaridad de intelectuales y artistas de otros países y su editor en Francia le presionaba con la idea de

13. Ricardo Robledo. «Dejar el campo, comprar la tierra...». En *Historia de Salamanca...*, p. 81.

que huyera a París. Como viese que el destierro se prolongaba y su familia le insistiese en su salida de España, Unamuno aceptó y marchó a París donde estuvo unos meses y donde estableció su tertulia en el famoso café La Rotonde; «su llegada causó gran sensación entre la colonia española en París. Sobre todo en la de los exiliados republicanos, los cuales, junto con los artistas e intelectuales españoles del hogareño café, habían acogido con alegría y sorna la huida del pensador cautivo, por lo que tenía de aventura burlesca. Pronto se formó a su alrededor una nutrida tertulia»¹⁴. Entre los tertulianos de La Rotonde se encontraban los escritores Blasco Ibáñez, Eduardo Ortega y Gasset y Josep Pla, el pintor granadino Manuel Ángeles Ortiz, el escultor Dunyach y otros muchos, pero su nostalgia de la tierra lo llevó a mediados de agosto de 1925 a Hendaya, allí recibió Unamuno esta carta. Ignoramos a quién se refiere Vila con el nombre de Ania, aunque podría tratarse de Ángel Santos, gran amigo de Vila y del yerno de Unamuno, José María Quiroga Pla; pero en esta corta misiva se ve el ambiente de represión de la España de los años veinte y el estado de ánimo de él mismo. Da recuerdos para la familia de su profesor porque, aunque ésta permaneció a lo largo de estos años en Salamanca, desde 1926, año en que empeoró la salud de Unamuno, los familiares se turnaban para estar a su lado y a partir de ese mismo año pasaban los veranos allí¹⁵.

14. Antonina Rodrigo. *Memoria de Granada, Manuel Ángeles Ortiz y Federico García Lorca*. Granada: Diputación Provincial de Granada, 1993, pp. 215-216.

15. Cf. Concha de Unamuno Pérez. «El entorno familiar...», pp. 110-111.

Unamuno estaba siempre informado por su yerno y secretario, José María Quiroga, y por sus más fieles discípulos de todo lo que sucedía en la universidad española. Existe una referencia escrita del yerno de Unamuno sobre la actividad de Salvador desde su regreso de las Chafarinas y por ella se sabe que su implicación en la revuelta universitaria contra la dictadura debió redoblar, pues Quiroga le cede el papel de informador sobre el tema universitario: «Y no hay más novedades. De lo de la Universidad, decía Vila que pensaba escribirle a usted minuciosamente. No sé si lo habrá hecho. Él está bien informado»¹⁶.

José María Quiroga, Ángel Santos y Vila fueron amigos inseparables en la Salamanca de su época universitaria y siguieron siéndolo después en Madrid, a donde los tres marcharon para continuar estudiando. Quiroga se casó con Salomé, una de las hijas de Unamuno en 1927, convirtiéndose de hecho en su secretario y en su representante legal ante las editoriales que publicaban su obra, sobre todo en la etapa en la que Quiroga hizo de cabeza de familia para los hijos de éste que estudiaban en Madrid. Ángel Santos Mirat se convirtió después en padrino del único hijo de Salvador, al que le impuso el mismo nombre. Otros amigos fueron el matrimonio Zatarain-De Dios, fundamentalmente Teresa, con la que mantenía correspondencia¹⁷. Todos ellos fueron

16. Rafael Martínez Nadal (ed.). *Miguel de Unamuno y José María Quiroga Pla: un epistolario y diez 'Hojas Libres'*. Madrid: Casariego, 2001, p. 35.

17. De los familiares de ambos he tenido una ayuda inestimable en los principios de esta investigación. Doña Boni de Cabo, cuñada de Ángel Santos, me habló extensamente de la relación de ambos amigos, e Isidro Zatarain, hijo de Teresa de Dios, de las relaciones de Salvador con sus padres.

amigos primero de Vila y después de su viuda a lo largo de toda su vida.

Los sucesos de Chafarinas supusieron al doctorando un retraso en el proceso de realización de su tesis, retraso que unido a una afección en la vista durante el verano, hizo que tuviera que solicitar una prórroga a la Junta de Colegios, prórroga que le es concedida «por causa de enfermedad, que acredita con correspondiente certificación facultativa, se acordó concederle la prórroga de cuatro meses que solicita para terminar su tesis doctoral, a partir del treinta de setiembre (sic) último en que terminó la del curso siguiente al del doctorado, concedida al efecto a todos los becarios» (Sesión del 15/12/1926). De nuevo en Madrid, continuó trabajando en su tesis doctoral, dentro de una línea de investigación que aunaba su doble formación universitaria: los estudios semíticos y el Derecho, concretada en el tema *Capítulo del matrimonio del formulario notarial de Aben Moguit*, tesis que defendió el 29 de abril de 1927. En el tribunal que la juzgó, otorgándole sobresaliente, se encontraban tres arabistas de primera fila: Miguel Asín Palacios, José María Millas y Emilio García Gómez que juzgaron el trabajo como merecedor de la máxima nota y al que le fue otorgado en 1928 el Premio Extraordinario¹⁸. Sería el primero de sus logros en esta línea de investigación innovadora del Derecho e Instituciones Islámicas, línea en la que trabajó hasta su muerte prematura.

Después de la lectura de su tesis, Vila se presentó a una cátedra de Lengua Hebrea y, por las cartas que Wen-

18. Bernabé López García. «Salvador Vila...», p. 46.

ceslao Roces escribió al librero León Sánchez Cuesta, se sabe que la sacó. También sabemos por ellas que ambos eran amigos, posiblemente desde su época de estudiante de Derecho en la Universidad de Salamanca, de cuya Facultad era catedrático de Derecho Romano Roces desde el año 1923. En carta enviada el día 21 de noviembre de 1927 Roces comenta al librero: «Ya sabrá que nuestro Vila está por ser catedrático de Hebreo aquí en Salamanca. Esta semana espero que terminarán las oposiciones con un triunfo. Magnífico hombre!»; y en la carta del 30 de septiembre de 1928 dice: «tengo que molestarle a usted —no se me ocurre otra víctima más propicia al sacrificio— para que me saque en el Ministerio una certificación de tener Vila (Salvador María Vila Hernández) aprobadas unas oposiciones a cátedra de Lengua hebrea —creo que celebradas hacia el mes de abril de este año. Nos hace falta este documento, y con cierta urgencia, para gestionar la pensión de Vila en esta Junta de Colegios. Ya me hará usted el favor singularísimo de obtenerlo enseguida». Por tanto, Vila se presentó y ganó en noviembre de 1927 una cátedra de hebreo, de la que no tomó posesión, antes de sacar la de Instituciones Musulmanas de Granada, quizá el número que consiguiera no le daría opción a ocupar la de Salamanca, como habría deseado Roces. El papel en cuestión era uno de los necesarios para la solicitud de una beca que le llevaría a Berlín. Antes, el 7 de septiembre, ya le había solicitado Roces a León Sánchez Cuesta una gestión parecida: «Urge mucho, muchísimo, la certificación y le encarezco la mayor premura. La pensión de Vila está pendiente de ese trámite, y el pobre Vila esperando como campo sediento. A ver si puede estar aquí a vuelta de correo el papelucho».